# CAPÍTULO 1

La ciudad de Aniveos era como una trampa para moscas: llena de mierda y luz. Banon atravesó el portalón que daba la bienvenida con un: «Aniveos, capital del reino y ciudad de las luces». Un poco más abajo había otro cartel que gritaba: «Cuidado con los carteristas».

«Ciudad de las luces… Claro que sí», pensaba la mujer. «Capital de la peor escoria del continente». Aun así, era el mejor lugar para pasar desapercibida. Siempre estaba abarrotada, era como esconderse a plena vista. Además, las luces de las calles eran tan intensas que podían cegar a quien no estaba acostumbrado. Decían que era para iluminar la gran belleza de la ciudad, pero todos sabían que era para evitar que el mundo se fijara en su decadencia.

Las calles principales descendían hasta los muelles. El olor a sal se camuflaba entre los orines que lanzaban desde las ventanas y los perfumes caros que disimulaban la poca higiene de los viandantes.

Banon se había olvidado de que era día de mercado; llevaba posponiendo la visita a la ciudad demasiado tiempo y la mercancía empezaba a echarse a perder.

Día de mercado. Eso implicaba vendedores ambulantes a cada lado de las calles gritando sus eslóganes para atraer a los idiotas.

—¡Compre aquí el mejor crecepelo! ¿Es usted calvo, buen amigo? No sufra más, aquí está la solución: el crecepelo milagroso de Licántropo e hijo… Marca registrada —gritaba un comerciante desde lo alto de un cajón de madera, mientras un grupo de coronillas brillantes le rodeaba.

Banon arrugó el entrecejo, se caló la capucha y se ocultó en el primer callejón que se abrió a su paso.

Comenzó a andar con paso sereno. Se sabía el camino de memoria: dos giros a la izquierda, agacharse y atravesar de lado un umbral de madera ruinoso, otro giro a la derecha y recto. Cuando ya casi había llegado a su destino el callejón empezó a arder. El fuego consumía las paredes de piedra y las llamas se alzaban tan alto que parecían fundirse con el cielo. Ella sacudió la cabeza tres veces y cerró con fuerza los ojos. Los abrió de nuevo y el callejón volvió a la normalidad. Reanudó la marcha con un gruñido.

Abrió la puerta trasera de los almacenes de Reen el Sucio y entró.

—¡Banon, vieja gloria! ¿Cómo estás? —soltó Reen.

El almacén consistía en una habitación tan oscura como el dormitorio de un burdel. Cientos de objetos extraños adornaban las estanterías que Banon prefería no mirar. Un mostrador de madera ocupaba gran parte de la sala y un hombre con menos dientes que un recién nacido esperaba al otro lado.

—Me alegra saber que no has muerto, ¿cuánto hace que no vienes por aquí? La ciudad te echa de menos, grandullona.

Banon gruñó.

—Venga, mujer. ¿Dónde quedaron las grandes aventuras de la Degolladora de Ormea?

—No me gusta ese nombre —dijo, y dejó caer el fardo enorme sobre el mostrador.

—No te pongas así. —Le sonrió—. ¿Qué me traes?

Rebuscó en el saco y dejó caer fruta y verdura minúscula. Resopló.

—¿Qué? —preguntó Banon.

—Sabes que te compro todo porque te aprecio, ¿verdad?

«Aprecio» no era la palabra. Banon le había salvado el culo en múltiples ocasiones, cuando los dos eran jóvenes y estúpidos. Ahora solo les quedaba la estupidez.

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Oye, Banon… —Se acercó a la barra—. He oído que hay movimiento en el Tiburón Tuerto, tú ya me entiendes.

—No me interesa.

Vació el contenido del saco sobre el mostrador y se lo cargó al hombro. Un rizo pelirrojo se deslizó por debajo de la capucha y lo escondió con rapidez.

—Pues debería interesarte, no estás hecha para esta vida. —Señaló la cosecha—. Se te da de pena, joder. La muerte es tu negocio.

—Ya no me dedico a eso.

—¡Venga ya! ¿Vas a decirme que debajo de esa capa no llevas una docena de cuchillos? —Le dio un puñetazo en el brazo que sonó a dedos rotos—. A mí no me engañas.

De forma automática, Banon acarició la empuñadura del filo que llevaba oculto en el muslo. El número nueve, para ser exactos.

—Los crímenes que cometimos nunca nos van a abandonar, Banon.

Unas sombras reptaron por las paredes. Banon sacudió la cabeza, pero esta vez no funcionó. Necesitaba beber, y mucho.

Le sujetó por el cuello de la camisa. Una que debió de ser blanca cuando la compró.

—Págame —dijo apretando la mandíbula.

—V-vale.

Dejó caer unas monedas, pero ella no lo soltó de forma inmediata a pesar de su aliento fétido. Se quedó a contemplar el pánico en sus ojos, a sentir el temblor del cuerpo debajo de su agarre.

El miedo. A veces echaba de menos esa sensación.

Por fin se decidió a soltarlo, cogió su dinero y se giró para marcharse.

—¡No eres mucho mejor que yo! —gritó Reen.

Lo sabía, no pretendía serlo. Solo quería que la dejaran en paz.

# CAPÍTULO 2

Lanzó el saco al primer mueble que encontró y se desprendió de la capa. La cabaña era pequeña: una sola habitación en la que convivían cocina, dormitorio y letrina. Banon no necesitaba nada más. Paredes de madera y suelo de madera, sin adornos.

Se dejó caer sobre la cama. ¿Qué había querido decir Reen con lo del Tiburón Tuerto? Aquello era un tugurio a donde iba lo peor de lo peor. El nido de los mercenarios. La taberna a la que debías ir si buscabas una buena pelea o algo de trabajo. Banon solía frecuentarla cuando era parte de la escoria de la ciudad.

Los cuchillos fueron cayendo a su alrededor. Los quince que solía llevar estos últimos años. A pesar de dedicarse a la vida en la granja había costumbres que no se perdían. Siempre decía: «Una mujer no es nada sin un buen cuchillo a mano».

Acarició el número quince, su favorito. Uno con empuñadura blanca y adornos en plata. Había sido un regalo de alguien importante. Alguien a quien había traicionado.

La habitación se oscureció de pronto.

—Joder —resopló Banon dejando caer la cabeza hacia atrás—. ¿No me vais a dar un respiro?

Los tablones del suelo salieron volando, la mujer los esquivó de forma mecánica. Una especie de demonio viscoso salió de los cimientos de su casa. Se movía como una serpiente y luchaba por incorporarse y, cuando consiguió mantener el cuerpo erguido, agitó una manita enana como si estuviera saludando. Ella le devolvió el saludo.

—Se acabó.

Banon se levantó y cogió su añorada petaca de hidromiel. No la había llevado a la ciudad para probarse a sí misma, para sentir que no dependía de ella. Pero, joder, cómo la necesitaba.

Dio un sorbo y observó de reojo a su nuevo amigo, que seguía siendo real. Negó con la cabeza y siguió bebiendo hasta que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Putas alucinaciones.

El efecto del alcohol inundó su cuerpo. Casi lo podía sentir haciéndola totalmente dependiente de él.

Cayó en un sueño ligero acompañado de pesadillas en las que siempre aparecían criaturas que la saludaban. Abrió los ojos poco a poco con miedo de despertarse cegada por la luz de la mañana, pero no fue así. Seguía siendo de noche.

Se incorporó con lentitud. No era la primera vez que se despertaba en el suelo de la cocina y sospechaba que tampoco sería la última. La bilis le subió por el gaznate seguida de un eructo. Fue entonces cuando se percató de que había algo raro en su casa. Había ropa tirada en el suelo y un señor con pinta sospechosa. Le recordó a un gato pillado con las manos en la masa.

«Otra visión, y bastante cutre».

—¿No piensas saludar?

Fue lo que alcanzó a decir antes de que el sospechoso se abalanzara con la espada en ristre. Con el mismo empuje que traía su agresor, Banon lo lanzó por encima de ella con un simple movimiento de pierna. El hombre quedó estampado en la pared de su cocina y luego cayó sobre la mesa. Tardó el tiempo suficiente en reaccionar para que Banon se pusiera en pie y lo agarrara por la cabeza para arrastrarlo por toda la encimera, aprovechando para que probara el sabor de todos sus utensilios de cocina.

Cayó al suelo y se levantó tambaleándose.

—¿Quieres esto, chaval? —Banon tenía la espada en la mano y se la lanzó. Ella se encogió de hombros al ver su expresión de desconcierto—. No me gustan las peleas cortas.

La mujer fue a por él con las manos desnudas. Pilló a su rival sorprendido y lo placó en el centro del pecho para luego tirarlo contra el suelo. Ella le sacaba muchas cabezas y otros tantos cuerpos; no iba a ser una batalla justa se mirara por donde se mirara.

Banon le cayó encima armada con su codo, al que le dio un sonoro beso antes de depositarlo sobre el escroto de su rival. El sonido que esto produjo fue similar a un canto operístico. O eso pensaba ella, nunca había estado en la ópera.

—Eso no ha sido muy limpio, pero no podrás negar que es bastante efectivo —dijo mientras se levantaba sujetándose las lumbares—. ¿Chaval?

El «chaval» miraba con ojos en blanco el techo de la cabaña.

—Ja, la vieja Degolladora de Ormea sigue en forma, ¿eh?

Se rio a la vez que se sorprendió por haber usado el mote que tanto odiaba. Había olvidado cuánto le gustaba la batalla, el sudor, el dolor propio y el ajeno… Esa sensación de que podría recorrer medio mundo y que no tendría ni que parar a descansar. Lástima que los años no pasaran en balde y ahora le costara hasta respirar.

Poco a poco fue bajando la intensidad y la mente de Banon volvió a funcionar. ¿Quién cojones era este tipo y que hacía en su casa? Un ladrón, pero… ¿aquí, en una granja perdida?

Banon se decidió a investigar a su rival. Tenía un cuerpo bien entrenado y lleno de cicatrices. Le recordaba a ella de joven. Levantó la manga derecha y vio un tatuaje con forma de dientes afilados devorando una rosa de los vientos.

—Me cago en la…

El símbolo de los Caníbales del Norte.

Banon había desaparecido del mapa hacía diez años y se había encargado de cubrir sus huellas. ¿Cómo la habían encontrado?

Durante su juventud formó parte de un grupo de mercenarias con bastante popularidad y uno de los trabajos con el que más había disfrutado era el de joder a los Caníbales del Norte. Su rivalidad se había hecho mítica y estos se habían convertido en una burla por culpa de Banon y sus hermanas.

Estaba petrificada, los ojos fijos en ese maldito tatuaje. Sin darse cuenta se estaba acariciando su propio hombro derecho. En otra época, ella misma había llevado esa marca.

De niña fue vendida por dos cabras. Según su madre, había sido una oferta buenísima. «Nadie vale más de una cabra y media», fueron las últimas palabras que le dirigió. Banon se escabulló en cuanto pudo y se enroló en un barco que ponía rumbo a Aniveos. Fue allí donde la reclutaron los Caníbales. Nunca olvidaría el día que le hicieron la marca del gremio. Hoy esa marca había sido borrada a base de cortes y quemaduras, y tan solo era una cicatriz más entre las tantas que tenía. Aun así, volver a verla le había revuelto las tripas.

Recogió su cuchillo favorito y se dispuso a arrancarle el trozo de piel donde estaba el tatuaje. Se limpió la sangre y lo guardó a buen recaudo.

No quedaba otro remedio, debía deshacerse del cadáver. Cargó con él a hombros y salió de la cabaña.

Vivía en las faldas de una montaña. Era muy escarpada y fría, por eso había decidido instalarse allí. Oculta, pero cerca de la ciudad para hacer negocios y enterarse de lo que se estaba cociendo. Y por eso había mantenido el contacto con el imbécil de Reen.

Llegó a lo que ella consideró suficiente altura y tiró el cuerpo del mercenario colina abajo. Para cuando llegara a la base de la montaña sería un amasijo de carne irreconocible.

Banon se sacudió las manos y puso rumbo a la ciudad.

# CAPÍTULO 3

Lo observaba todo desde el otro lado, oculta en la sombra de la pared del callejón. La capucha calada hasta los ojos y los cuchillos disponibles. Se oía el jaleo del interior, el Tiburón Tuerto estaba en su apogeo. Banon sabía que no era buena idea, que la reconocerían enseguida, pero no tenía otra opción. Había acudido a la tienda de Reen y estaba vacía. Era muy probable que también estuviera dentro, contando batallas. Todas inventadas, por supuesto.

El edificio se situaba justo enfrente del cuartel de la guardia. Era como si los mercenarios retaran al sistema. La realidad era que la guardia era tan corrupta que resultaba más fácil encontrarlos borrachos en el Tuerto que en sus puestos. Banon estaba acostumbrada a tomarse la justicia por su mano, no era una novedad que el sistema no funcionara. Probablemente encontrarían en breve el cadáver de su visitante y acabarían lanzándolo a alguna zanja sin más miramientos.

Se armó de valor, tomó un trago de la petaca y se encaminó hacia la taberna.

Atravesó el umbral y se hizo el silencio. Fue apenas un instante y el mundo volvió a la normalidad. Banon soltó el aire, nadie parecía interesarse por ella. Se acercó a la barra con la cabeza gacha y sujetándose la capucha.

La taberna era una sala cuadrada abarrotada de mesas con taburetes que solían usarse como armas arrojadizas. La barra se ubicaba al fondo y, sobre esta, había una cabeza colosal de tiburón. Y sí, estaba tuerto. Olía a aceite refrito, a alcohol y a sangre.

Se sentó en la barra y esperó. Varios paisanos a su alrededor siguieron con las cabezas dentro de las jarras.

—¿Qué te sirvo, amiga? —preguntó el tabernero. Un hombre corpulento y con bigote. Unos cercos de sudor que le iban desde las axilas hasta las caderas.

—Información. —Ella dejó caer una bolsa para que el tintineo de las monedas le soltara la lengua—. Caníbales del Norte.

—Esa es información muy valiosa. —Miró hacia los lados y bajó la voz—. Y muy peligrosa.

—¿Han aceptado algún trabajo?

Cuando Banon se dedicaba al negocio solía parar en todas las tabernas posibles y solicitar los encargos a los propietarios. Llevaban una especie de registro oficial de qué clan de mercenarios se estaba encargando de cada trabajo.

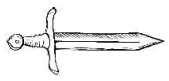
—Ahora mismo están todos centrados en un negocio. Uno gordo —susurró y fingió servirle una copa.

—¿Cuál?

Esta vez puso sobre la barra un anillo de oro con una piedra preciosa. El tabernero guardó el pago con un movimiento imperceptible para el ojo inexperto.

—Hay una recompensa muy jugosa por un trabajo que tiene que ver con las Hijas de la Sierpe. Hay un grupo en el reservado, quizá te interesaría otro para ti…

El hombre hizo un gesto con la cabeza indicando la parte de detrás de la barra. Banon asintió y se levantó.



El reservado consistía en un largo pasillo oculto tras una cortina de patitos e iluminado por una vela cutre para disimular las manchas de sangre de las paredes.

—Vamos allá —susurró mientras estiraba los hombros y el cuello.

—¿Hablas conmigo?

—Ya estamos —soltó Banon al darse cuenta de la visión que tenía delante.

De la nada apareció un hombre con la parte superior del cuerpo rebanada por la mitad en un tajo vertical. Estaba cómodamente apoyado en la pared y jugueteaba con un reloj de bolsillo con los pocos dedos que le quedaban.

—¡Puedes verme! —gritó, llevándose las manos a la boca—. ¡Por fin, llevo un siglo intentando que alguien me escuche!

—Mira, ahora no puedo. Estoy intentando que no me pillen. —Banon le hizo señas para que bajara la voz.

—En realidad yo sí puedo hablar, porque ellos no pueden oírme. Eres tú la que se tiene que callar… ¡y puedes escucharme!

Comenzó a bailar dando saltitos y poniendo en riesgo la integridad de su cuerpo.

—¡Vale, vale! Te escucho.

—Como habrás podido observar, estoy algo perjudicado. —Señaló el terrible corte que dejaba ver el fondo del pasillo a través de él—. Y no entiendo qué me pasó.

—Y esperas que lo averigüe.

—Exacto.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Wilbur.

—¿Wilbur el Noble?

—El mismo. —Hinchó el pecho.

Había sido un mercenario muy popular. Debía su nombre a la elegancia que lo caracterizaba, algo poco común en alguien de su calaña. Banon oía sus aventuras cuando era una esclava y soñaba con ser como él. Fundó su propio gremio, los Cazadores de Quimeras, y conquistaron medio mundo. Wilbur consiguió unir a mucha gente poderosa bajo su bandera, pero su amor por las apuestas y los hombres ajenos lo llevaron a la perdición.

—¿Sabes qué me ocurrió? —preguntó con ojos expectantes.

—Tu marido te dio un hachazo mientras cagabas.

Hubo un silencio incómodo.

—Eso explica muchas cosas. —Se encogió de hombros—. Pero, ¿y los dedos?

—Se vendieron como amuletos para tus seguidores.

Banon se sonrojó al recordar el dedo índice que tenía como centro de mesa, el único adorno que se había permitido tener.

—¿Y el miembro también? —gritó el mercenario.

—Eso fue cosa del rencor.

—Oh…

El hombre agachó la cabeza y volvió a apoyarse en la pared.

—Lo siento por tu miembro. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Nah, no te preocupes. Tampoco es que ahora lo use mucho. Oye, ¿y tú por qué puedes verme?

—Creo que estoy loca o algo así —soltó Banon—. Oye, tengo que irme.

—¡Eh, espera! A lo mejor puedo ayudarte. ¿Vienes a por los tipos del reservado?

La verdad era que el sigilo no era lo suyo. En los trabajos de infiltración que hizo siempre acababa haciendo que las pillaran. Una antigua amiga le decía que era por esa manía suya de llevar las botas más bestias que había en el mercado.

—¿Podrías echar un ojo?

—Ya lo he hecho. La vida de fantasma es muy aburrida, por eso me vine al Tuerto. —Se rio—. Al menos aquí siempre hay espectáculos: alguna pelea, gente muriendo, traiciones… Lo típico de un lunes a media tarde.

—¿Y?

—Hay un par de tipos de poca monta. Lo único que me ha extrañado es que hablaban de la Degolladora de Ormea y las Hijas de la Sierpe. Tenía entendido que ya no estaban en el negocio.

Banon lo dejó con la palabra en la boca y siguió adelante a pesar de sus gritos de advertencia.

—Joder —susurró al encontrarse con tres puertas.

—¡Derecha! —gritó Wilbur.

Cuando Banon se giró, él le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, aunque no había pulgar. Ella asintió mientras pensaba que se desharía de ese centro de mesa en cuanto volviera a la granja.

¿Qué debía hacer? Podía entrar derribando la puerta de un golpe, pero eso haría que mañana le doliera horrores esa antigua lesión en el hombro. Era mejor entrar y... decir alguna frase ingeniosa, por ejemplo.

Giró el pomo.

—¡Me cago en la puta! ¿Reen? —soltó Banon.

Eso fue lo más ingenioso que pudo decir cuando vio al tendero sentado a la mesa con otros dos hombretones de aspecto siniestro.

—¿Banon? Te lo puedo explicar…

El hombre se levantó con una rapidez impropia de él y volcó la mesa empujándola a su vez hacia la puerta. Banon solo tuvo que apoyar una pierna en ella para detener su avance. Y, aprovechando la pierna que tenía encima, se impulsó y pasó al otro lado, cayendo sobre la rodilla derecha con un ¡crac! que sabía que iba a doler muchísimo mañana.

Sus enemigos habían desenfundado las espadas y se lanzaron contra Banon. Eran tres contra una y mucho más jóvenes que ella.

Banon esquivó los golpes como pudo, pero acabó arrastrándose por el suelo con muy poca elegancia. Aprovechó el desconcierto para sacar dos cuchillos que tenía a mano. Uno lo lanzó con tal precisión que se clavó en el entrecejo de uno de sus rivales. El otro se giró para ver cómo su amigo caía y Banon aprovechó para placarlo y tirarlo al suelo. Sin embargo, se estampó contra un muro de músculos que ni siquiera se tambaleó.

—¿Y esta es la poderosa Banon? —dijo el bruto entre risas.

Ella lo acompañó con una risa loca y lo apuñaló a la altura de las lumbares en repetidas ocasiones. El hombre gritaba, pero no podía deshacerse del abrazo de su rival. «Tú caes de una manera o de otra», pensaba la exmercenaria con los brazos cubiertos de

sangre. El hombre paró de convulsionar y se derrumbó como un árbol cortado a hachazos.

Banon se sacudió las manos y caminó hacia el fondo de la sala dejando tras de sí una línea de huellas rojas. Reen se había acuclillado en la esquina y se ocultaba tras los brazos.

—Reen, Reen, Reen. —Banon negaba con la cabeza—. ¿Qué cojones te pasa? ¿Cómo se te ocurre meterte en esto?

—Tuve que hacerlo. ¡Me chantajearon!

—Pues yo te he visto muy cómodo y… ¡Me has lanzado una mesa!

—¿Y-yo? —tartamudeaba.

La exmercenaria estaba perdiendo la paciencia. Se quedó de pie delante de él, con sus enormes botas negras empapadas de sangre haciendo de tope en los pies del tendero. Demostrándole que no era más que una rata y ella era un gato… ¿Qué cojones un gato? Ella era un león enorme.

—Dejemos el tema de la mesa y vamos a lo importante. —Banon se agachó y posó su mano sobre la rodilla de Reen—. ¿Qué está pasando?

El crujido del hueso cediendo ante la presión se oyó casi por encima de los gritos de la víctima.

—Ellos… Ellos te están buscando— alcanzó a decir entre sollozos.

—¿Quiénes?

—Banon, por favor…

—¿Quiénes? —Volvió a apretarle la rodilla, pero esta vez con más fuerza.

—Los Caníbales… Los Caníbales…

—¿Por qué?

El hombre no paraba de llorar y un poco de orina le empapó la entrepierna. Banon arrugó la nariz, odiaba esa parte.

—No me lo dijeron, solo querían información de tu paradero y del resto de tu gente. Querían encontrar a las Hijas de la Sierpe.

—Y tú no dudaste en venderme a mis peores enemigos.

—¡Era mucho dinero! Además, intenté advertirte. —Sollozaba, pero esta vez la miró a los ojos—. Te dije que vinieras al Tuerto. Ellos estaban aquí, podías haberlos visto y…

—¡Y haberles puesto mi cabeza en una bandeja con una manzana en la boca! —gritó—. Eres un hijo de perra, Reen, siempre lo has sido.

Banon cogió el cuchillo que aún estaba empapado de la sangre del hombretón y se lo acercó al cuello.

—¡Espera, espera! —suplicó—. Todavía tengo más información… Sé a dónde se dirigen.

—Suéltalo.

—Van a Myrenias.

Banon había pensado perdonarle la vida, pero aquellas palabras lo condenaron. Con un movimiento de muñeca le rebanó el cuello. La cabeza se deslizó del cuerpo y rodó por el suelo.

La mujer aprovechó para limpiar el filo con la ropa de Reen y salió por la puerta.

—Wilbur. —Saludó con la cabeza cuando pasó al lado del fantasma. Este se lo devolvió.

Apartó la cortina de patitos y salió a la taberna, pero esta vez se quitó la capucha y dejó ver la mitad de su cabeza rapada llena de tatuajes y la espesa melena pelirroja que le caía sobre el hombro izquierdo.

Lanzó otra bolsa de monedas a la barra.

—Limpieza en el reservado de la derecha.

Siguió caminando. La taberna había parado su actividad para centrarse en ella. En ella y en el rastro de sangre que dejaba tras de sí. Todo el mundo la miraba y algunos susurraban con miedo, otros hablaban alto y claro.

«La Degolladora de Ormea ha vuelto».